

bal, supone con respecto a los llamados “World Studies”. Este último punto merece un breve comentario, dado que la autora previene ante el peligro que puede suponer el hecho de que, si extraemos a los clásicos de su dimensión tradicional de “clásicos”, tales autores simplemente mueran, al carecer de la atmósfera que los ha alimentado secularmente. La cuestión está abierta y, en buena medida, flota actualmente en la soterrada pugna académica que se viene planteando entre los estudios de la llamada “Tradición Clásica” y los de “Recepción”.

El libro se cierra con un capítulo séptimo dedicado a los “Sucesores del clasicismo de Borges”, en este caso, tres: Ítalo Calvino, Umberto Eco y Derek Walcott. Los tres son, cada uno a su manera, excelentes continuadores de los laberintos borgianos. Algunos lectores nos sentimos emocionalmente ligados a ellos, pues los hemos venido leyendo desde jóvenes. Ahí está la compilación de ensayos titulada *Por qué leer los clásicos*, de Calvino, que en tantas cosas evoca las ideas borgianas sobre la literatura, especialmente en lo relativo a la idea de un canon personal (la “Biblioteca Personal Jorge Luis Borges”, sesenta volúmenes, apareció en los años 80 del pasado siglo XX); ahí está también la biblioteca de *El nombre de la Rosa*, con su misterioso bibliotecario “Jorge de Burgos”, que en gran medida contribuyó al reconocimiento de Borges no sólo como escritor, sino como singular personaje, a lo largo de aquellos felices años 80; de manera entonces inusitada, el *Omeros* de Derek Walcott nos hizo mirar hacia el Caribe (conocí a Derek Walcott,

por cierto, el año 2000, durante unos cursos de verano en El Escorial), en una suerte de descentralización del Mediterráneo homérico, que de *Mare Nostrum* se terminaría convirtiendo en un *Mare Omnium*.

Laura Jansen ha conseguido llevar a cabo un libro singular, cuya virtud más sobresaliente es haber sabido captar el espíritu de un tiempo, el nuestro. No pretende contar todo sobre Borges y los clásicos, porque esta tarea se convierte, por naturaleza, en una labor imposible. Es un libro que, por lo demás, responde bien a las actuales preocupaciones académicas del mundo anglosajón dentro del ámbito de la Recepción Clásica, algo que no siempre coincide exactamente con lo que se está haciendo en otros ámbitos, como el hispano. La mano de Borges mientras acaricia un busto inquietante de César, en una fotografía en blanco y negro, resulta una sobria y certera portada para el libro.

Francisco García Jurado
Universidad Complutense
de Madrid

Luis C. Cano. *Los espíritus de la ciencia ficción. Espiritismo, periodismo y cultura popular en las novelas de Eduardo L. Holmberg, Francisco Miralles y Pedro Castera*. Chapel Hill: U. of North Carolina Press, 2017. 263 pp.

De a pocos, pero dando pasos agigantados, los estudios de la temprana ciencia ficción en América Latina vienen rindiendo frutos trascendentales. Al volumen de Rachel Haywood Ferreira (*The Emergence of Latin American Science Fiction*, 2011)

se añade *Los espíritus de la ciencia ficción. Espiritismo, periodismo y cultura popular en las novelas de Eduardo Holmberg, Francisco Miralles y Pedro Castera*, escrito por Luis C. Cano, profesor de The University of Tennessee (Knoxville). Cuatro años antes del fundamental texto de Haywood Ferreira, Cano ya había publicado *Intermitente recurrencia. La ciencia ficción y el canon literario en Hispanoamérica* (2007), aproximación de carácter cronológico a ciertas figuras del canon que habían aprovechado las potencialidades especulativas de la ciencia ficción, como Juana Manuela Gorriti y Jorge Luis Borges, a los que se puede añadir a Eduardo L. Holmberg y Angélica Gorodischer, entre otros valiosos escritores.

En este volumen, Cano vuelve otra vez la mirada a las tempranas ficciones científicas hispanoamericanas, como lo había hecho en el libro anterior, sólo que ahora con la cronología más actualizada, dadas las contribuciones de Haywood Ferreira y otros autores; entre los peruanos, se encontraría Marcel Velázquez con sus aportes para el entendimiento de la novela de folletín utópica *Lima de aquí a cien años* (1843). De este modo, Cano analiza la manera en que estas novelas por entregas alentarían la noción de una “cultura popular”, aunque, dado su alcance cerrado, se quedarían en el mismo círculo letrado. Se privilegian, entonces, las relaciones que el periodismo entabla con la producción literaria, mediante las novelas de folletín, como también aborda las maneras del mesmerismo (hipnotismo) y movimiento espiritista hispanoamericano y de qué manera encajaría esta cohabitación entre

ciencia y pseudociencia en América Latina. En otras palabras, podría decirse que este libro intenta revelar el contenido espiritista en novelas como *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte*, del argentino Holmberg (1875); *Desde Júpiter. Curiosidades de un santiaguino magnetizado*, del chileno Francisco Miralles (1877, 1886); y *Querens*, del mexicano Pablo Castera (1890).

Desde el 2006 se puede decir que la temprana ciencia ficción latinoamericana ha recibido la justa atención que merece. Por ejemplo, en Argentina se efectúa la republicación de *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac*, de Eduardo Holmberg. A su turno, la web Memoria Chilena (adscrita a la biblioteca nacional de dicho país) exhibe los facsimilares de los textos primigenios de la ciencia ficción publicada en Chile (Benjamín Tallman y el propio Miralles). En tanto, en el Perú se publica en forma íntegra la primera novela de la etapa post-independentista: *Lima de aquí a cien años* (1843). Por todo lo anterior, se puede afirmar que esta época resulta testigo de la “resurrección” de todas estas ficciones decimonónicas englobadas bajo el nombre genérico de “retrofuturismo”.

Cano abandona la mirada diacrónica y prefiere una de carácter más sincrónico, al situarse entre 1875 y 1890, fechas que refieren a una preeminencia del género, conjugada con la época de mayor auge de la novela por entregas. Esta lectura sincrónica se fundamenta en los cambios de “modalidades escriturales” que practicaron los autores hispanoamericanos al momento de plasmar sus ficciones. De acuerdo con dichas modalidades y su trans-

formación, Cano propone leer esta época en cuatro momentos que corresponden a los capítulos del volumen: tres de ellos dedicados a cada uno de los escritores, más otro consagrado a estudiar el fenómeno global de la novela de folletín en relación con la forja de una cultura popular en Hispanoamérica. También añade un apartado sobre la influencia que Julio Verne y Camille Flammaron ejercieron en los novelistas de la época.

Dicha forja, como explica Cano en el capítulo 1 (“La cultura popular, los géneros populares y la ciencia ficción”) hace eco de los postulados de Storey (2001) en relación con la concepción de la cultura popular a mediados del siglo XIX y la participación que las novelas de folletín desempeñaron en el proceso. Ante ello, Cano recuenta cómo se originaron e influyeron en el mercado literario al punto de que al escritor le ofrecían dos aspectos fundamentales: perspectiva de recibir honorarios rentables y que su visibilidad se volvería más notoria gracias al impulso que brindaba laborar estas novelas. Por ello, grandes nombres del canon literario del XIX se pusieron a escribir folletines, con la posibilidad de ver luego sus publicaciones en tomos. De Dickens a Hugo, Balzac y Verne, la cercanía con el lector promedio se estrechaba aún más, por lo que comienzan a aparecer *feuilletons* (folletines) configurados de manera que establecieron modalidades escriturales según la audiencia que alcanzaran, entre las cuales figuran la novela de misterio, la novela de corte romántico propiamente dicho, textos que se basaban en actos criminales extraídos de la realidad y

lo que podríamos también llamar (al menos provisionalmente) como la ciencia-ficción. Sin embargo, habría que precisar que no se conoce esta modalidad escritural (para ponerlo en términos de Cano) como “science fiction” sino hasta entrado el siglo XX, cuando Hugo Gernsback, director de la revista *Amazing Stories*, bautiza así al género. También se conocían como *scientific romance* las obras de H.G. Wells (Brian Stableford, *New Atlantis. A Narrative History of the Scientific Romance*, 2016) y *roman d’anticipation* en Francia.

En segundo lugar, tenemos el caso de Holmberg, visto en “De manías planetarias y un gato negro”. Cano describe la influencia que en su prosa han ejercido principalmente los franceses Camille Flammarion y Allan Kardec, quienes sistematizaron las prácticas espiritistas, culto que se hallaba en boga en las elites hispanoamericanas entre mediados y fines del XIX, mediante dos escritos: *El evangelio según el espiritismo* (1864), de Kardec; y *Lumen* (1872), de Flammarion. Las prácticas mesmeristas (hipnotismo), la comunicación con los muertos, el discurso sobre la evolución de las especies y la búsqueda de reconocimiento por parte de la ciencia oficial colocaban al espiritismo en el centro de una controversia que Cano se dedica a descifrar a partir de las páginas de *Nic-Nac*: “El propósito de establecer una síntesis entre ciencias naturales y ciencias morales... torna la novela en un proyecto ambivalente, un rasgo que se advierte en la proliferación de dualidades en constante articulación dialéctica de identidad y conflicto” (127): Marte y Tierra, ciencia y religión, campo y

ciudad, espíritu y materia, etc. Justamente, esta dualidad se presenta en toda la novela. En particular, cuando los espíritus de Seele y Nic-Nac “viajan” al planeta Marte mediante el proceso denominado “transplanetación”, donde encuentran una civilización marcada por el conflicto permanente, y en el cual Nic-Nac terminará inevitablemente involucrado en la dualidad constitutiva de la novela.

A continuación, Cano desarrolla un modelo de lectura (“Mutabilidad genéricas” se denomina el tercer capítulo) a propósito del chileno Francisco Miralles y su novela *Desde Júpiter. Curioso viaje de un santiaguino magnetizado* (1877, 1886), novela que describe los desencuentros de un chileno ante la paradigmática sociedad joviana, pero que resulta periférica al canon literario de ese país. Para evitar que quedara en el olvido, el estudioso chileno Roberto Plis-coff donó un ejemplar de su biblioteca personal a Memoria Chilena, web que se encarga de mostrar el patrimonio bibliográfico del país austral. De hecho, *Desde Júpiter* plantea una parodia de lo chileno y de lo absoluto con que se conciben las naciones en relación con el progreso. A pesar de que la primera edición de Miralles tiene sólo dos años de diferencia con *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac*, ambas describen civilizaciones extraterrestres que se conciben como patrones de una sociabilidad ejemplar tanto para Argentina como para Chile. En el caso de Miralles, la combinación de distintas facetas escriturales (el periódico y la crítica al entorno académico) logra un balance “entre la simpleza de la trama y la densidad de la propuesta

filosófica” (178) que bien hubiera podido convertirse en el germen de la literatura de género (y de paso ciencia ficción) en Chile. Si Holmberg poseía la dualidad como característica, Miralles lo hace a partir del neopitagorismo de filósofos como Plotino y Marsilio Ficino

Finalmente, en *Querens*, del mexicano Pedro Castera (“Viajes interiores”, cuarto capítulo), su autor se apropia de algunas convenciones de la CF hispanoamericana en función de lo que Cano denomina relaciones de acercamiento y discernimiento, de posicionamientos “de los discursos de la ciencia y el ocultismo... y de ambas aproximaciones con el arte” (235). En ese sentido, a lo largo de toda su producción textual, Castera osciló entre lo científico, el espiritismo y la literatura: fue reconocido promotor de periódicos y literatura vinculados con las prácticas ocultistas. A su vez, dicho texto precedería las funciones más relevantes del modernismo literario de entresiglos. Esta novela representa la lucha de deseos a nivel de mediadores: en otras palabras, una mujer vaciada de contenido alguno. Lo femenino, entonces, se ha idealizado mientras que se produce la reivindicación de la hegemonía masculina. Dicha observación no representaría más que una antigua identificación del artista con el individuo: la ambivalente identificación entre lo femenino y el artista, con lo cual se pierde la identificación entre la obra y su audiencia.

En suma, tres novelas que pueden ayudar a definir lo “popular”, en función de un equilibrio estético y conceptual en los proyectos que armonizarían entretenimiento y divul-

gación. Mientras que Holmberg y Miralles hicieron lo imposible para llamar la atención de sus respectivas obras; Castera propuso una estética que eliminaba todo lo relativo a la audiencia. Una vez más habría quedado en evidencia la configuración de lo popular y su desarrollo, en una dinámica totalmente alejada de las metrópolis. Pero en lo que sí coincidieron los tres es que sus modalidades escriturales “se perciben como un gran envoltorio constituido por una serie acumulativa de elementos externos que circundan una semilla de revelación” (243). Por ello, con este libro, podría realizarse ahora sí una aproximación que dé cuenta del camino que siguió la producción de las “novelas de anticipación” en nuestro continente. Dada la renovación en materia de historiografía de los últimos años en los estudios literarios al menos, existen otras historias que requieren emerger, por lo que constituye una probabilidad que más historias similares, vinculadas con géneros invisibles en aquel entonces, se conozcan próximamente. Justamente, y como un acto a futuro de justicia reparadora, la copiosa investigación reunida por Cano ha salido ciertamente a la luz: la iluminación que quizás, infructuosamente en algunos casos, con más éxito en otros, buscaron los espiritistas hispanoamericanos con el fuego interior que los caracterizaba.

Giancarlo Stagnaro
Universidad Nacional Mayor
de San Marcos y Universidad
Tecnológica del Perú

Dorian Espezúa Salmón. *Las consciencias lingüísticas en la literatura peruana*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar/Latinoamericana Editores/Lluvia Editores, 2017; 488 pp.

“El indio no existe” es una recordada frase que Dorian Espezúa Salmón (1967) estampó en su opera prima *Entre lo real y lo imaginario. Una lectura lacaniana del discurso indigenista* (2000). Con ella estaba definiendo, acaso sin saberlo, lo que sería una constante en su actividad reflexiva: repensar el indigenismo literario peruano en la línea de quienes enseñaron a varias generaciones (desde mediados del siglo XX) a comprender que a través de este horizonte estético se podría también tener una idea clara de los complejos desencuentros (lingüísticos, literarios y culturales) que signan el curso de la vida nacional: Alberto Escobar (1929-2000), Antonio Cornejo Polar (1936-1997) y Tomás Escajadillo (1939). La reciente publicación: *Las consciencias lingüísticas en la literatura peruana* (2017) es una confirmación de que, tras dieciocho años —con el puente metacrítico del libro *Todas las sangres en debate. Científicos sociales versus críticos literarios* (2011)—, la actividad de repensar el indigenismo continúa alimentando la imaginación crítica de su autor, y no precisamente porque analiza novelas o relatos donde se representa al sujeto indígena en el drama de su día a día, en el campo o la ciudad, sino más bien porque focaliza su atención en las posturas lingüísticas que tienen diversos autores de la tradición lite-